

DISCURSO DE BIENVENIDA

con ocasión de la recepción oficial ofrecida en el Salón Máximo de la Universidad de Guayaquil, el 19 de Mayo de 1935 a los miembros de la Misión Científica Alemana de la nueva Escuela Politécnica de Quito, pronunciado en alemán por el Dr. Richard F. A. Muller, Teniente Coronel* Honorario de Ingenieros y Catedrático de esta Universidad.

Constituye para mí un gran honor y un singular privilegio, en mi carácter de profesor de Ingeniería de la Universidad de Guayaquil, el haber sido designado por el Rector, Dr. Teodoro Maldonado Carbo, para presentaros los más cordiales saludos y una calurosa bienvenida a vuestro arribo a estas playas, adonde habéis sido llamados por el distinguido y celoso primer Magistrado de este país; el Doctor José María Velasco Ibarra, quien considera indispensable volver abrir las aulas de la antigua *Escuela Politécnica de Quito*, fundada en 1869 y dirigida en aquel tiempo por una misión de sabios alemanes. El actual Presidente, justipreciando como merece vuestra alta preparación científica y madura experiencia, os ha invitado, pues, para que colaboréis en la educación técnica de las juventudes ecuatorianas que tienen predilección por los postulados de las disciplinas científicas que han de prepararlos para una vida activa y provechosa.

Creo oportuno deciros algunas palabras acerca de este maravilloso país, donde, dentro de dos o tres días, durante vuestro viaje a Quito, os será dado contemplar la labor de la naturaleza en su imponderable grandeza.

Lo remoto del Viejo Mundo de la costa occidental del continente sur-americano y la interposición del Istmo de Panamá, barrera natural que impedía la directa comunicación entre los océanos Atlántico y Pacífico, contribuyeron grandemente a retardar a los conquistadores en sus viajes de reconocimiento hacia el sur a través de las ignotas aguas del hemisferio austral.

Además, la navegación fuera de la Bahía de Panamá se presentaba en extremo insegura debido tanto a los molestos vientos como a las corrientes marinas, las que de un día a otro cambian de rumbo en sentido opuesto. Como resultado de estas circunstancias, las primeras embarcaciones que se lanzaron a las aguas del Pacífico y recorrían la costa vecina, a menudo fueron obligadas a desviarse de su curso, rodeando así a las empresas marinas de los audaces españoles con no poco peligro.

Por tanto, no es de sorprenderse que tuvieron que transcurrir trece años desde que Blasco Núñez de Balboa realizara sus exploraciones a través del Istmo, antes que Pizarro, atraído por el rumor de las fabulosas riquezas de la tierra de Birú o Pirú, levantó anclas en la Bahía de Panamá, y, confiando en la suerte, puso rumbo al sur. En Noviembre de 1526, tras varias peripecias, tuvo que anclar cerca de Atacames, en la costa del territorio de Sincha Suyu, la provincia más septentrional del consolidado imperio de los Incas.

Después de su descubrimiento y conquista, la mayor parte de esta provincia vino a conocerse en la época colonial bajo la denominación de Real Audiencia, Presidencia o Reino de Quito, y continúa hasta nuestros días su existencia independiente como República del Ecuador, un dominio de apreciable magnitud que se extiende a lo largo del Grande Océano, por ambos lados de la línea ecuatorial, de la que deriva su nombre.

La historia geográfica del país realmente empieza con los relatos de los conquistadores, sus primeros exploradores; más sus escritos, caracterizados por fantásticas descripciones de sus bellezas y fenómenos naturales, tienen poco valor científico. Aún las expediciones ocasionales a lugares remotos que se efectuaron durante el período colonial generalmente acompañadas de un eclesiástico como historiador, sirvieron muy poco para aumentar la información general sobre esta tierra, gran parte a causa de la confusión que prevalecía en una época en que la ciencia geográfica estaba en su infancia, bien así como a la secrecía con que el gobierno español, temeroso de la rivalidad de las potencias extranjeras, relegó los registros de sus navegantes y viajeros a los polvorientos archivos del Consejo de Indias. Sin embargo, estos rancios manuscritos y mapas no han perdido nada de su valor y ahora son consultados por los investigadores de la historia colonial, no obstante de que la ruinososa condición de no pocos de ellos hace que su restauración e interpretación se tornen sumamente delicadas.

En su génesis, las expediciones fueron dirigidas por jefes que se lanzaron en pos de nuevas y azarosas conquistas; pero las exploraciones subsiguientes se emprendieron en mira a estudiar las mejores rutas mediante las cuales pudiera servirse mejor a los establecimientos españoles de la altiplanicie conectándoles con la costa del Atlántico y del Pacífico.

Por una rara casualidad, fué en Latacunga, ciudad no muy distante de Quito, donde las fantásticas visiones de *El Dorado* se propagaron entre los conquistadores y la expedición iniciada por Gonzalo Díaz de Pinedo, allá por el año 1536.

Otro viaje memorable lo llevó a cabo en 1541 Gonzalo Pizarro, hermano del fundador de Lima, quien, al frente de un numeroso contingente que se dice estuvo compuesto de 350 españoles y 4.000 indios, equipados con muchas provisiones, se abrió paso hacia el Este de Quito, a través de masas casi impenetrables de vegetación, en busca de la "*Tierra de la Canela*". La mayor parte de sus seguidores, sin embargo, se perdieron en su marcha hacia el Napo, correspondiendo a Francisco Orellana, su segundo en el mando de la expedición, la continuación del viaje siguiendo el curso de aquel río. Obligado por la fuerza de las circunstancias a continuar hasta su desembocadura, el trayecto del inmenso río al que dió el nombre de Río Amazonas a causa de la tribu de mujeres guerreras contra quienes tuvo que luchar, Orellana fué el primer europeo que atravesó el continente suramericano de costa a costa en su más grande anchura, y que navegó las aguas de la mayor vía fluvial del mundo en todo su longitud. El viaje que hizo Orellana en el Amazonas se considera en nuestros tiempos como una de las epopeyas más prodigiosas en los anales de los descubrimientos geográficos, y aún cuando ha sido repetido en varias ocasiones por exploradores y misioneros, permanece insuperado, sino como un milagro, al menos como un asombroso acontecimiento.

Un siglo más tarde, cuando se unieron España y Portugal, se verificó una expedición río arriba por el oficial portugués, Capitán Pedro Texeira, quien remontó el poderoso río a la cabeza de una flotilla de numerosas embarcaciones y continuó su viaje a Quito, donde finalmente arribó con sus soldados y personas de su séquito, después de ocho meses de viaje desde Para. En su viaje de regreso a las orillas del Atlántico, el Capitán Texeira fué acompañado por el sacerdote español Acuña, quien había recibido órdenes de las autoridades españolas en

Quito, de seguir hasta Para y de allí a España, donde tenía que dar cuenta de sus observaciones al Rey. De nuevo, la narración de este monge fué mantenida en secreto por el gobierno español cuando el Portugal recobró su independencia al año siguiente.

Subsiguientes exploraciones de las vertientes del Amazonas fueron efectuadas por el infatigable misionero jesuita de la Diócesis de Quito, el padre Samuel Fritz, un natural de Bohemia, quien, durante la mayor parte de su vida laboró con singular éxito entre las tribus de las Omaguas y Jeberos o Jíbaros. El padre Fritz, que se había convertido en explorador, viajó repetidas veces, de propia iniciativa, por toda la extensión del río y recojió valiosos datos; más, sus excesivas actividades a favor de la Corona de España causó su encarcelamiento durante un viaje que hizo a través de la zona de influencia del Portugal en el Nuevo Mundo. Sufrió entonces la confiscación de sus notas, las que han sido descubiertas recientemente (1922) en la biblioteca del convento de Evora en Portugal. El mapa del Amazonas trazado por el padre Fritz fué publicado primeramente en Quito en 1707 y aunque era de poco valor científico, constituyó por mucho tiempo una autoridad en la materia sobre aquella región.

Existen hoy otros relatos de exploraciones de misioneros jesuitas en los archivos del Colegio de Jesuitas de Quito, ciudad ésta que por aquel tiempo presidía una Diócesis conspícua por la perseverancia de su celo misionero. Quito era también el punto de partida de las misiones al territorio del río Napo y del Alto Amazonas.

Con todo, la época de las exploraciones científicas en el Ecuador data en realidad desde mediados del siglo XVIII, cuando los célebres astrónomos franceses Bouguer, Godin y La Condamine emprendieron en un largo y exacto reconocimiento de la meseta andina, con el propósito de determinar la curvatura de la superficie de la tierra y eventualmente su configuración y dimensiones. En esta tarea, ellos fueron ayudados por dos distinguidos oficiales de la marina española: Jorge Juan Santacilia y Antonio de Ulloa, el último de los cuales llegó después a ocupar la Gobernación de la Luisiana, en la América del Norte, desde 1766 hasta 1768, bajo la dominación española.

El año entrante se cumplirán dos siglos desde la fecha memorable de 1736 cuando esta misión de la Academia Francesa de Ciencias llegó a Guayaquil y prosiguió hacia la región

interandina, flanqueada por las altas cimas de la Cordillera que entonces se consideraban como los puntos culminantes del Globo.

A pesar de haber estado abrumados por muchas dificultades y vicisitudes debido a lo riguroso del clima, dichos sabios trabajaron allí durante seis años en la determinación, por medio de observaciones astronómicas y trigonométricas, de una red completa de triángulos que se extendían aproximadamente por más de tres grados de territorio, labor que no es de modo alguno, una fácil operación de geodesia.

Sin embargo, tan alto fué el grado de exactitud por ellos alcanzado que la mayor parte de las posiciones señaladas a las principales montañas y ciudades, se han adoptado como base para la mayoría de los más recientes documentos cartográficos relativos al Ecuador.

Ni es eso todo. La planicie interandina fué asimismo la escena de los primeros experimentos que se realizaron en el mundo para comprobar la ley de gravedad. Algunos de estos experimentos se verificaron de un modo especial con relación al valor de la constante de gravedad a diferentes alturas. Los sabios trataron también la determinación de la longitud del péndulo de segundos y de la propagación del sonido en la atmósfera rarificada de las grandes altitudes. Sin embargo, el trabajo geodésico de los Académicos franceses es particularmente notable porque contribuyó con los primeros datos experimentales en la comprobación de la ley de Newton, expresada previamente en sucintos términos matemáticos y dando a la figura de la Tierra la forma de una esfera achatada.

Fué en la costa del Ecuador donde La Condamine descubrió por primera vez el caucho, del cual llevó muestras a su regreso a Europa. Por otra parte, corresponde a Ulloa la distinción de ser el descubridor del platino, el que encontró entre las arenas de los ríos de la costa, que ya eran conocidos por los nativos como abundantes en metales preciosos. Finalmente, Joseph de Jussieu, botánico de la expedición hizo un estudio especial de ciertas plantas que existían en la vecindad de Loja y que eran conocidas por los naturales como productoras de la droga llamada quinina, derivada de la corteza de la *calisaya*. Por desgracia, las colecciones de plantas de Jussieu, que representaba una labor asidua de quince años, se perdieron por la negligencia de un sirviente, calamidad que hizo perder la razón al sabio botánico francés.

Al término de la expedición, se separó La Condamine de sus compañeros y emprendió sólo su viaje de regreso a Francia por la vía del Amazonas. Llegó a París en 1744 y allí publicó el resultado de sus viajes y anotaciones, junto con el primer mapa del Amazonas basado en observaciones astronómicas.

El gobierno español, al permitir a los Académicos franceses que visitaran el Reino de Quito, se había dignado desviar de su norma tradicional de impedir que otros europeos que no fueran españoles penetraran a las colonias americanas y adquirieran conocimientos geográficos de cualquier índole. Su anterior aversión a hacer tales concesiones se debía a su natural temor y sospecha de que la información obtenida sirviera a alguna nación enemiga.

Con la misma condescendencia dispendió, años más tarde, una cortesía igual al sabio alemán Alexander von Humboldt y a su secretario francés Aimé Bonpland. Ellos llegaron a Quito en Enero de 1802, habiéndoseles agregado el naturalista colombiano Francisco José de Caldas, y después que su sed de viajes los había llevado ya a través de los territorios de Venezuela y Colombia en la más memorable de todas las expediciones exploradoras en la América del Sur.

Humboldt estaba admirablemente preparado para tal cometido. En efecto, equipado con conocimientos precisos de casi toda clase, y dotado de aquel sentido geográfico que le permitió acumular un inmenso acopio de información científica y verificar numerosas observaciones instrumentales, él exploró gran parte del territorio de la Presidencia de Quito y prestó especial atención a su orografía, geología y botánica.

“Allí, de una mirada—él escribió—, “la vista contempla majestuosas palmas, húmedas florestas de bambusa y las diversas especies de musáceas, en tanto que por encima de estas formas de vegetación tropical aparecen robles, nisperos, ascaramujos olorosos y plantas umbelíferas, tal como en nuestros hogares europeos. Allí, conforme el viajero dirige su vista al firmamento, una sola mirada abarca la Constelación de la Cruz del Sur, las Nubes Magallánicas y las estrellas guíadoras de la Constelación del Oso, que describen un círculo alrededor del Polo Artico. Allí las profundidades de la Tierra y la bóveda celeste despliegan todos los tesoros de sus formas y la variedad de sus fenómenos. Allí, los diferentes climas están escalonados, uno sobre otro, en forma gradual, como las zonas de vegetación, cuya sucesión limitan, y allí el observador prontamente

distinguirá las leyes que regularizan la disminución del calor tales como están grabados en forma indeleble en los muros rocosos y abruptos de las Cordilleras".

Durante las tres décadas siguientes hubo poco que registrar en la historia de la exploración geográfica del Ecuador, debido en parte a la Guerra de la Independencia, y en otra, a la consiguiente inquietud política. En 1831, la altiplanicie andina fué visitada por el ingeniero de minas y meteorólogo francés, J. B. Boussingault, quien publicó memorias misceláneas sobre terremotos, lluvias tropicales y la naturaleza de los gases volcánicos.

Durante el mismo año, el sabio inglés Darwin se había embarcado para efectuar su memorable viaje alrededor del mundo como naturalista de la expedición del Beagle, que lo llevó al Archipiélago de Galápagos, un grupo de islas pertenecientes al Ecuador, situadas como a seiscientas millas a fuera de sus costas. Darwin permaneció allí durante Septiembre y Octubre de 1835, y dedicó particular interés al estudio de especies locales de la vida orgánica.

Sus observaciones sobre la fauna y flora de las Galápagos, sumadas a los datos que reunió en otras partes del Globo, lo indujeron a reflexionar hondamente en la modificación y transmutación de las especies, y lo pusieron en condición de propugnar su célebre teoría de la evolución biológica.

Mientras tanto, los escritos de Humboldt habían marcado el principio de una nueva era en los anales de las ciencias naturales, despertando el interés de los geógrafos hacia las ilimitadas posibilidades en el campo de las investigaciones en las regiones equinocciales de América, ya que en ninguna parte de la tierra se encuentra reunida una cantidad tal de distintos efectos naturales. Por eso, el Ecuador, al que había pintado en tan atractivos colores a través de sus escritos, vino a ser un campo privilegiado para la actividad científica, y, siendo en parte accesibles sus bellezas naturales, ha continuado atrayendo la atención no sólo de los naturalistas sino también de holgadas artistas y viajeros de muchas naciones, los que se maravillan de sus anteriormente insospechados encantos.

Debido en cierto modo a la variedad de su configuración superficial, —de suyo inusitada y sorprendente—, y por otro lado a causa de su situación al ecuador terrestre, en virtud de lo cual posee dentro de sus fronteras un despliegue inagotable

de todos los fenómenos de la vida planetaria, apenas es de admirarse que se conozca al Ecuador como una tierra maravillosa, una especie de inmenso laboratorio geofísico, donde la naturaleza "nos revela los métodos que emplea el Creador en el desarrollo de sus designios". Lo que despierta más que nada la admiración y éxtasis, es la inmutabilidad de las leyes de la Naturaleza y su aparente confusión. Aquí, como observó Humboldt, el barómetro podría usarse como un reloj, y aquí también, Boussingault utilizó un termómetro en vez de un barómetro en la determinación de altitudes.

En este país encontramos a la vez, no obstante la uniformidad del clima, la crudeza del invierno mezclada con la floración del verano; la estación de la siembra con la de la madura cosecha. Es de admirar, igualmente, que bajo las mismas condiciones necesarias al crecimiento, algunas hierbas se marchitan en los campos, mientras otras comienzan a florecer. El color de los campos de cultivos varían tanto de parcela en parcela, que el efecto bien puede describirse como caleidoscópico, estando representados todos los matices, desde los verdes esmeraldas de la primavera hasta los dorados amarillos y rojizos del otoño. Tal peculiaridad no se limita únicamente a los grupos de plantas, puesto que no es raro ver todas las bellezas de las diferentes estaciones luciéndose en un solo árbol. Cuando las frutas han madurado y las hojas comienzan a marchitarse y a caer, se advierten nuevas hojas, botones en flor y frutas crecientes, en su propia graduación en el mismo árbol: curiosa modalidad de la vida de las plantas en estas regiones.

Es también de interés observar aquí que fué en las cercanías de Papallacta, cerca de Quito, que los conquistadores españoles conocieron por primera vez un comestible cultivado por los indios nativos y llamado por ellos "papa". Este alimento fué prontamente introducido en España, y más tarde, por la vía de Italia y de Holanda, el cultivo de la planta fué implantada con éxito en casi todos los países de clima templado.

Sin embargo, el territorio dentro de sus confines no solamente es rico en sus variedades de climas; también es celebrado como una enorme fragua debido a la existencia de tremenda actividad volcánica. A despecho de su área relativamente reducida, contiene no menos de cuarenta y una espléndidas montañas volcánicas, cuya altitud oscila entre 3161 y 6310 metros. Entre estas se halla el Cotopaxi, el Tungurahua y el Sangay,

que ofrecen el peregrino espectáculo de llamas y humo, saliendo de conos coronados de hielo y nieve perpetua.

Al primero de los volcanes nombrados se le considera el más alto y a los otros dos se les conoce tradicionalmente como los volcanes más activos del mundo. Sus elevadas cumbres, que ocasionalmente despiden llamas semejantes a las que se escapan de la puerta entreabierta de un horno, miran hacia abajo a plácidas praderas, lagos exquisitos casi ocultos tras moles gigantescas o en la penumbra florestal, y a intrincadas junglas que se extienden hasta el litoral. En algunos lugares, el escenario, en sus rasgos generales, recuerdan al que habla, los Pirineos, tal como se ven desde las provincias vascas, o a los Alpes, vistos de la altura de Superga, cerca de Turín. Y si bien carecen de los agudos picos tallados en hielo de las cadenas de montañas europeas, sus panoramas, de bellezas sin límites se extienden en vasta escala y los superan por su grandeza y colorido peculiar. Por todas partes resaltan contrastes de altura y abismo, paz y tumulto, oscuridad y brillante luz del sol, y el viajero se deleita con recogida admiración ante las profundas quebradas obstruidas aquí y allá por enormes masas de lava enfriada, que al hervir sobre los cráteres de los volcanes se derramaron y vertieron sobre las faldas de las montañas.

En otros parajes, el viajero anda a lo largo de pronunciados declives, hasta grandes alturas en la Sierra, contemplando arriba y abajo las blancas o pálidas villas cuyas desabrigadas casas, agrupadas en torno a la Iglesia parroquial, parecen buscar allí abrigo. Estos rasgos físicos prestan al escenario del Ecuador una acentuada característica y son comunes a todas sus variedades.

Tal es la tierra hecha clásica por las labores de los Académicos franceses y por Humboldt, y después de la visita de Darwin a las islas Galápagos, muchos otros naturalistas, a su vez, han atravesado las diversas secciones del Ecuador, algunos como geólogos, otros como botánicos o arqueólogos, etnólogos o simples alpinistas, pero cada uno de ellos ha contribuido con su aporte a fomentar el estudio de los fenómenos terrestres y en particular a la comprensión geográfica e historia natural del país.

Entre las más notables hazañas realizadas en tiempos más recientes, los de Reiss y Stübel, de Wolf y del Servicio Geográfico del Ejército de Francia pueden citarse de un modo prominente. Reiss y Stübel residieron en el Ecuador de 1870 a

1874 y aquí se ocuparon en observaciones barométricas, trigonométricas y astronómicas, aparte de la recolección de muchos datos acerca de la geografía física del país. Stübel era muy versado en la ciencia de volcanología, y como resultado de sus estudios sobre los volcanes del Ecuador, más tarde preconizó la teoría de que las fuerzas volcánicas no están concentradas en un foco central sino situadas en focos periféricos (Periphere Herde) en formas de masas de magna no enfriado, cubiertas de una capa de tierra relativamente pequeña.

El geólogo Wolf, por otra parte, fué comisionado por el Gobierno del Ecuador para practicar un reconocimiento general con el objeto de reunir los datos necesarios para la delineación del mapa oficial del país. A pesar de que el contorno de las costas marinas ya había sido trazado por navegantes de casi todas las naciones, la cartografía del interior había permanecido largo tiempo defectuosa, siendo sus materiales dispersos, de un valor científico desigual y en gran parte incompleta. En el desempeño de su misión, Wolf siguió extensos itinerarios que incluían distritos que nunca habían visitado los naturalistas. De esta manera, él hizo acopio de mucha información original la que coordinó con los trabajos de exploradores anteriores. El mapa de Wolf y su texto anexo "Geografía del Ecuador", son de fácil y útil referencia; pero desde su publicación, mucha información nueva y digna de confianza han dejado otros naturalistas, geólogos e ingenieros, quienes han restringido sus estudios a más pequeñas áreas, por lo cual sus investigaciones han resultado más completas.

No hace muchos años, la Academia Francesa de Ciencias contempló una nueva medición del arco del meridiano de Quito, habiéndose verificado en 1899 un reconocimiento del terreno respectivo. Durante los años 1901 y 1906, una misión del Servicio Geográfico del Ejército de Francia, bajo la dirección del Teniente Coronel Bourgeois, y compuesta de once oficiales entre los que puede mencionarse a los Comandantes Maurain y Massenet, Capitanes Lacombe y Lallemand y Teniente Perrier, ejecutaron el trabajo comprendido entre Tulcán y Paita. Estas operaciones relativas a la revisión del arco de Quito se completaron en 1906. Entre tanto, el Dr. Rivet, médico de la misión, dedicaba su atención a investigaciones etnográficas y arqueológicas, y en años recientes publicó una de las más extensas contribuciones al estudio de los aborígenes del país, la que por su perfección bien puede parangonarse con la obra del

Profesor Saville, recientemente fallecido, sobre antigüedades de Manabí, una provincia del litoral del Ecuador.

Escaso progreso se ha hecho sin embargo, hacia un perfecto conocimiento científico del territorio visitado en los remotos tiempos de la Colonia por Gonzalo Pizarro, Orellana, Texeira, el Padre Samuel Fritz y otros, y que se extiende desde la Cordillera Oriental hacia el Este. Su naturaleza selvática e inhóspita, el temperamento feroz e indomable de algunas de las tribus indias allí establecidas, la imposibilidad de parte de las autoridades para proporcionar un salvo conducto fuera de unas pocas áreas reducidas, son factores que se conjuran para hacer de lo más deficiente la información que existe sobre esta porción de territorio. Verdad es que algunos lugares fueron visitados ocasionalmente por pocos viajeros; más, es probable que por razones de seguridad personal, su jornada a través de esta región se llevó a cabo con tal premura que la mayor parte de los problemas geográficos no han recibido debida atención. No es de extrañar, por tanto, que con excepción de las recientes exploraciones de Sinclair y Wasson y del Servicio Hidrográfico de la Marina del Ecuador, cuyo Director es el Sr. Luis G. Tufiño, aquí presente, el curso medio e inferior de los grandes ríos Napo, Coca, Aguarico, Curaray, Santiago, Morona, y otras características físicas de la región oriental, han sido consignados en los mapas del Ecuador con material poco científico y más bien basado en probabilidades y conjeturas.

Señores: mañana viajaréis a Quito y contemplaréis en admiración la hermosura de los paisajes que acabo de describir; pero no menos interesante os será comprobar que los habitantes de este país están animados de un sentido tal de sincera hospitalidad, que muy poco se encuentra en otras naciones, el que creo firmemente os inducirá a hacer de este noble país no solamente nuestra residencia permanente, sino también os movería a hacer conocer al Ecuador en vuestros escritos futuros, en la luz que justamente merece.

DISCURSO

del Profesor Ingeniero M. Foster, a nombre de los profesores que vienen a formar la Escuela Politécnica de Quito.

Señor Ministro, señor Gobernador, señor Rector, señores profesores, señores y señoritas:

En nombre de mis colegas me permito agradecer sinceramente a los señores oradores por las amistosas palabras de bienvenida, que nos obligan y llenan de satisfacción.

Agradecemos de modo especial por la orientación exacta, que han tenido a bien darnos sobre su bello país y su cultura intelectual. Con mucho interés hemos escuchado el relato sobre la escuela politécnica de Quito, donde se nos ofrece la oportunidad de prestar nuestros servicios. Entendemos por sus palabras, que en las Universidades del Ecuador ya han prestado su concurso grandes y aquilatados hombres de Ciencia.

Por sus explicaciones nos damos cuenta ya desde ahora, al iniciar nuestro trabajo, de los problemas que aquí nos esperan. Mucho nos complace conocer la alta apreciación con la cual ustedes, señores, siempre han sabido enaltecer a la Ciencia y a su aprovechamiento práctico.

Aparte de los temas científicos que nos animan, son en gran parte las bellezas de tan hospitalario país, que ya en Europa nos han sido pintados muy ventajosamente, y los cuales hemos tenido ya oportunidad de admirar ayer a nuestro arribo al hermoso puerto de Guayaquil, las que nos hacen sentir felices.

La suerte de poder vivir en tan hermosa tierra, sin duda, facilitará el desempeño de nuestros deberes. Nos llenan de gratitud, señores, sus palabras, que nos aseguran que el espíritu hospitalario, del cual nos han dado pruebas más que suficientes ayer y hoy, no solo reina entre las autoridades de la Universidad, que mañana será centro de nuestras actividades, sino que existe igualmente en el corazón del pueblo del Ecuador entero. Esta aseveración nos honra y nos alegra mucho. Un refrán francés, dice: "Noblesse oblige". Quiere decir que será nuestro empeño de corresponder dignamente tan altos sen-

timientos, y declaro en nombre de mis colegas que haremos cuanto esté a nuestro alcance para llenar las esperanzas de ustedes, señores, y el país entero han depositado en nuestra labor. No solo profesores queremos ser, buenos servidores de tan ilustre pueblo. Cada uno de nosotros espera que nuestro trabajo sea fecundo y satisfactorio. Así, esperamos encontrar en este país, donde hemos sido recibidos por sus autoridades con tanta amabilidad y cortesía, una segunda Patria.